

Una breve mirada panorámica sobre la Gran Guerra (1914 – 1918)

Autor: **Mariano Millán**

Pertenencia institucional: UBA – Conicet / UNLP

Correo electrónico: marianomillan82@gmail.com

Resumen

En esta ponencia realizamos una breve mirada panorámica alrededor de las dimensiones militares de la Primera Guerra Mundial. Repasamos los principales objetivos políticos de los contendientes, la articulación de los distintos ejes geopolíticos, la preparación bélica de las potencias enfrentadas, el aprendizaje de las distintas fuerzas a medida que se desarrollaba la guerra, las diferentes dinámicas de cada uno de los frentes de batalla y los modos en que se produjo y luego entró en crisis el apoyo popular al esfuerzo bélico. Por otra parte, también transitamos la cuestión de la diferencia entre la guerra esperada y la lógica de guerra total que adquirió el conflicto. Al mismo tiempo, y en íntima relación con estos dos últimos puntos, también recordamos el quiebre político de varios imperios y el ascenso del socialismo con la victoria soviética y las revoluciones en varios países europeos. Finalmente hacemos algunas consideraciones acerca de la victoria de la Entente sobre sus enemigos, buscando variables que expliquen el resultado de la confrontación, como también para ver el modo en que tales resultados no significaron la apertura de una era de paz, sino de numerosas confrontaciones.

Un objeto problemático

El centenario del comienzo de La Gran Guerra, conocida por nosotros como la Primera Guerra Mundial, desató la publicación de numerosos textos de distintos estilos (académicos, de divulgación, de enseñanza, bélicos, etc.), la organización de varios eventos, jornadas, simposios, etc. y también la edición y/o reedición de gran cantidad de documentales y películas. Este ha sido, sin lugar a dudas, un año en el que nos representamos La Gran Guerra, y ciertamente resulta saludable, porque estos materiales nos colocan frente a nosotros mismos y a nuestra percepción de los procesos histórico-sociales del siglo pasado. Esta ruda confrontación puede servir al menos para poner en cuestión algunas ideas comunes que suponen ciertos equívocos, aun cuando varios de ellos contienen determinado núcleo de verdad. En este escrito abordaremos tres de ellos: la culpabilidad alemana; la relación entre imperialismo y Primera Guerra Mundial y, también, la no necesidad de esta conflagración,

cuyas causas radican en cierta conducta irracional de parte de la dirigencia política europea. Luego nos adentraremos en el desarrollo del mismo conflicto.

I

La primera de estas ideas corrientes es la “culpabilidad alemana”. En primer y fundamental lugar, es necesario rechazar de plano cualquier idea de “culpabilidad” cuando se analiza un proceso social, puesto que la sociología no se ocupa ni de emitir sentencias judiciales, ni tampoco de decirnos como debería ser o haber sido el mundo. El escrutinio racional de las causas de las guerras, siempre múltiples y complejas, no puede ceder ante la tentación moral, sino que debe trabajar sobre los intereses contrapuestos y las condiciones en las cuales esas contradicciones se pusieron en acto de modo armado.

En el caso de la “culpabilidad alemana”, al igual que en el de la “culpabilidad francesa” cuando se habla de las guerras napoleónicas, la comprensión de los motivos de la fuerza de estas ideas entre nosotros exige que podamos sopesar la importancia del discurso del vencedor. Luego, naturalmente, el estrecho vínculo de la cultura argentina con la intelectualidad anglo-francesa y la distancia, al menos entre los civiles, con los análisis producidos hacia el oriente del Rin. Alcanza para ello cerciorarse de que la mayoría de los textos de historia de la Primera Guerra Mundial que disponemos en castellano fueron trazados en ambas márgenes del Canal de la Mancha. Dentro de esas obras es lícito distinguir, naturalmente, entre los escritos apologéticos y aquellos académicos, pero aún en el segundo grupo encontramos una matriz explicativa común: las causas estructurales y coyunturales recaen en el ascenso del Imperio Alemán. Por ejemplo, respecto del primer tipo de causas Michael Howard explica que:

Con unos pocos cambios marginales, las «grandes potencias» de Europa (como entonces se las llamaba) seguían siendo las mismas que las que ejercían su poder desde hacía dos siglos, pero el equilibrio entre ellas había cambiado radicalmente. Ahora la más poderosa de todas era el Imperio alemán [...] Hasta finales del siglo XVIII, estas potencias habían sido socialmente homogéneas. Eran todas ellas sociedades básicamente agrarias dominadas por una aristocracia rural de terratenientes y gobernadas por dinastías históricas legitimadas por una Iglesia oficial. Cien años después todo esto había quedado completamente transformado o bien estaba en vías de una rápida y desestabilizadora transformación, pero el ritmo en que se produjo el cambio fue hartamente desigual, como tendremos ocasión de comprobar.¹

1 Howard, M. (2008) La primera guerra mundial. Barcelona: Crítica. Págs. 11-12.

Esta tesis que podríamos denominar como “el desequilibrio del balance de poder” se complementa con una sentencia sobre las características propias de la sociedad alemana: “Por último tenemos a la Alemania imperial, la potencia más compleja y problemática de todas.”²

A nivel coyuntural, también es usual considerar, en base al Plan Schlieffen, que Alemania comenzó las hostilidades en 1914 para evitar enfrentar a una Rusia rearmada:

Rusia aprobó en 1914 un «Gran Programa» para ampliar su ejército en un 40 por ciento en tres años. En enero de 1914, a cambio de un préstamo destinado a financiar la construcción de un ferrocarril comercial, los rusos acordaron con los franceses un programa de construcción de un ferrocarril estratégico en Polonia y desde la frontera occidental de Rusia hacia el interior del país, que en 1917-1918 aceleraría en casi un 50 por ciento el despliegue de sus fuerzas militares. Mientras que antes de 1911 la carrera armamentista más dinámica y peligrosa de Europa había sido la rivalidad naval existente entre Gran Bretaña y Alemania, entre 1912 y 1914 la superaría una carrera armamentista de las fuerzas terrestres del continente entre el bloque austrohúngaro y el francoruso.

En la primavera de 1914, los alemanes habían puesto en vigor ya casi toda la ley de 1913 y prácticamente no podían permitirse una nueva jugada, mientras que las medidas de respuesta de Francia y Rusia solo serían efectivas en el plazo de dos o tres años. Si debía producirse una guerra, en 1914-1915 era el momento de que se produjera...³

Naturalmente que la unión conceptual entre ambas guerras mundiales, tanto para los protagonistas como para los analistas, coloca en cierta línea de continuidad al Imperio Alemán y su política militar con el nazismo. Eric Hobsbawm, por ejemplo, señala que “... las dos guerras mundiales y los dos tipos de revolución de posguerra pueden ser considerados, desde la óptica del historiador, como un solo proceso.”⁴ Si bien la tesis de la existencia de una sola guerra mundial, con un período de descanso y rearme, contiene elementos correctos en un nivel de abstracción, no es posible asimilar la realidad política interna alemana e internacional de 1914 con la de fines de los años '30. La existencia del comunismo y del fascismo, así como el antecedente de una gran guerra y por supuesto la mayor sinceridad y agresividad de los objetivos políticos que tenía el nazismo en comparación con el Imperio nos permiten clarificar la diferencia entre dos situaciones históricas. Si bien podemos observar estas como parte del mismo proceso, lo cierto es que el momento anterior, aun cuando contiene elementos del posterior, sólo puede ser considerado parte de la génesis del segundo cuando este fue realizado y algo así puede afirmarse únicamente desde un momento posterior. En este sentido, en la Alemania de 1914 estaban presentes muchos de los elementos que dieron lugar al

²Howard, M. (2008) *La primera guerra mundial. op. cit.* Pág. 17. Esta visión también está presente en Stone, N. (2011) *Breve historia de la primera guerra mundial.* Buenos Aires: Ariel.

³Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial.* Buenos Aires: Debate. (formato epub) págs. 278/81.

⁴Hobsbawm, E. (2002) *Historia del siglo XX.* Barcelona: Crítica. Pág. 61.

nazismo, pero no todos. Tuvo que existir la derrota de 1918, la “paz de Versalles”, las revoluciones socialistas, el ascenso del fascismo, la crisis de la República de Weimar y el crack mundial de 1929, etc. Por estas razones decimos que es necesario localizar lo específico de 1914 y quitarle el velo ideológico que recubre el repudio, que compartimos, al nazismo. Aun los autores que realizan esta conexión, como por ejemplo Keegan, explican que también en el campo de batalla existen importantes diferencias entre las dos guerras mundiales:

Aboveall, thewarimposedonthecivilianpopulationsinvolvedalmostnone of thedeliberatedisruption and atrocitythatwas to be a feature of theSecond. Except in Serbia and, at theoutset, in Belgium, communitieswerenotforced to leavetheirhomes, land and peacefuloccupations; except in Turkish Armenia, no populationwassubjected to genocide; and, awfulthoughtheOttomangovernment’s treatment of itsArmeniansubjectswas, theforced marches organised to do them to deathbelong more properly to thehistory of Ottoman imperial policythan to that of thewaritself. TheFirst, unliketheSecondWorldWar, saw no systematicdisplacement of populations, no deliberatestarvation, no expropriation, littlemassacreoratrocity. Itwas, despitetheeffortsbystate propagandamachines to proveotherwise, and thecruelties of thebattlefieldapart, a curiouslycivilisedwar.⁵

II

Por otra parte, es corriente hallar un degradé de posiciones en torno al problema de la relación entre imperialismo y la Primera Guerra Mundial. La primera operación intelectual que debe hacer quien intente adentrarse en esta cuestión es trabajar los textos clásicos sobre el imperialismo, porque en ellos se encuentran las claves conceptuales de los analistas.⁶ Por un lado existe la formulación burguesa, anclada en los textos de Hobson, que señalan al fenómeno del imperialismo como una malformación del capitalismo. Frente a tales argumentos las tesis marxistas de Luxemburgo, Bujarin o Lenin, allende sus diferencias, afirman que el imperialismo constituye “la forma” que adopta el capitalismo en las condiciones históricas imperantes desde la última parte del siglo XIX. En ambas corrientespolíticas el imperialismo conlleva, con distintos matices, enfrentamiento entre las potencias por el reparto del mundo.

Los análisis de John Morrow, así como los de otros historiadores militares como Daniel Headrick, están ubicados en la tradición conceptual inaugurada por Hobson.⁷ La llamada distorsión o malformación, es vista por estos autores como una supervivencia de viejas prácticas nobles y guerreras, que lograron reposicionarse en la modernidad. En este sentido

⁵Keegan, J. (1998) *Thefirstworldwar*. New York: Vintagebooks. Pág. 21.

⁶Una excelente edición reciente contiene en un volumen el *Estudio del Imperialismo* de Hobson, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin y como epílogo “La acumulación por desposesión” de David Harvey. Hobson, J. y Lenin, V. (2013) *Imperialismo*. Madrid: Capitan Swing.

también, cuando se analizan las causas de este conflicto, perspectivas como la de Mayer hacen foco en este tipo de variables.⁸

La crítica más usual a esta noción de imperialismo, consiste en su incapacidad de diferenciar con claridad el carácter imperial de los Estados más poderosos del siglo XX respecto de otros imperios en siglos anteriores. Más allá de ello, la idea de una “interferencia feudal”, tan común en el pensamiento sociológico, también ha servido para apuntalar la idea de la “culpabilidad alemana”. En numerosos textos se afirma que las Fuerzas Armadas alemanas estaban por fuera del control parlamentario, a merced de una pequeña casta de nobles guerreros, invocando estos hechos como indicadores del militarismo prusiano/germano. Al respecto, y contradiciendo tales tesis, Hans Speier afirmaba que:

La elite militar estaba primordialmente interesada en conservar su alto status social y en defender su independencia política frente al “control” civil. Pero tanto su status como su poder quedaron comprometidos por la industrialización de la sociedad alemana que creó una contra-élite económicamente poderosa y masas urbanas que no querían adaptarse al sistema político preindustrial. [...] En este orden de cosas debería hacerse notar que la élite militar de la época imperial no era imperialista. Gastaban sus energías en mantener su prestigio y poder en un proceso de transformación económica que ponía en peligro su posición privilegiada. La élite militar no fue la responsable del desarrollo del proyecto de engrandecimiento nacional y de conquistas. Las organizaciones sociales, como ser la Liga Naval Alemana, la Liga Pan-Alemana y las otras varias sociedades interesadas en la adquisición y fomento de las colonias, estaban controladas y apadrinadas por la contra-élite económica y por intelectuales de clases medias.⁹

En este sentido, es realmente importante destacar la contribución de William McNeill en su clásico trabajo *La búsqueda del poder...*, pues en aquellas páginas se localiza el desarrollo de una carrera naval entre las potencias de Europa occidental desde la década de 1880, la cual había dado origen a una forma de articulación social muy particular en el corazón del Imperio Británico: un aparato industrial-militar. El mismo, había tejido “...vínculos personales entre el círculo de los oficiales de Marina técnicamente responsables y los directores de las empresas privadas [...] muy estrechos.”¹⁰En pocos lustros:

Se crearon rápidamente circuitos de realimentación por los que las decisiones financieras y administrativas del Almirantazgo se entremezclaban con las decisiones financieras y

⁷Morrow, J. H. (2008). *La Gran guerra*. Barcelona: Edhasa. De Daniel Headrick puede leerse: Headrick, D. (1989) *Los instrumentos del Imperio Tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX*. Madrid: Alianza y Headrick, D. (2011) *El poder y el Imperio. La tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*. Barcelona: Crítica.

⁸ Mayer, A. J. (1984) *La Persistencia del antiguo régimen: Europa hasta la Gran Guerra*. Madrid: Alianza.

⁹Speier, H. (1968) “Luddendorff: el concepto alemán de guerra total” en Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la estrategia moderna*. Buenos Aires: Círculo Militar. Pp. 7 – 37. Págs. 15/6.

administrativas tomadas en unas empresas todavía aparentemente privadas. La política pública y la privada quedaron irremediabilmente entrelazadas.¹¹ El entramado industrial – militar logró producir la invención técnica a demanda de las ideas tácticas y estratégicas de los Estados Mayores. En las primeras décadas del siglo XX, por su potencialidad en cuanto a la valorización del capital y su complejidad debida a su escala y altísima composición orgánica, era ya un fenómeno internacional que desafiaba la política de alianzas europeas:

...Vickers y Armstrong consideraron una imprudencia competir entre sí en el extranjero. En realidad, en 1906 habían concluido un acuerdo de reparto del mercado que cubría la mayor parte del globo. Para más, los acuerdos sobre patentes y derechos con Krupp dieron a ambas empresas británicas acceso a algunos de los inventos metalúrgicos de Krupp, mientras que, en compensación, este último adquiría también los derechos sobre algunas patentes británicas. Schneider también firmó acuerdos similares. De esta manera se creó un grupo internacional de empresas de armamento...¹²

Desde la perspectiva marxista la asociación entre la Primera Guerra Mundial y las tesis del imperialismo es una de las arquitecturas intelectuales más usuales. De hecho, la teoría marxista reconoce una notable revolución interna durante los años previos a este conflicto y en el transcurso mismo de la conflagración. La realidad señalada por Gabriel Kolko, consistente en que:

La Primera Guerra Mundial sumió gran parte de Europa en una profunda crisis, haciendo que un gran número de europeos cambiasen de mentalidad y se politizarasen, Así sucedió sobre todo en Alemania, Rusia e Italia, tres países grandemente afectados por la guerra, que al principio benefició especialmente a los partidos de izquierda.¹³

Estimuló casi como ningún proceso anterior la elaboración estratégica en los distintos grupos marxistas de Europa. Hasta ese momento, muchos de ellos “... sólo conocían la evolución del capitalismo en su forma «normal» [...] por lo que no pudieron prever esos violentos cambios y retos, consecuencias de la guerra, con los que tendrían que enfrentarse una vez terminada ésta.”¹⁴ Luego, los más lúcidos encontraron el camino hacia la revolución en las ruinas de la sociedad que dejaba la guerra, tanto por la destrucción de las instituciones estatales, como por

¹⁰McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C.* México: Siglo XXI. Págs. 304.

¹¹McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.* Pág. 325.

¹²McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.* Pág. 323.

¹³Kolko, G. (2005) *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914.* Barcelona: Paidós. Págs. 166/7.

la rudeza pedagógica de la experiencia bélica en cuanto a la contraposición de intereses entre explotadores y explotados.¹⁵

Estas formulaciones fueron, con excepción de las realizadas por Mao Tse Tung, los últimos aportes originales en términos de estrategia revolucionaria que conoció el marxismo.¹⁶ En cierto sentido, la inexistencia de guerras entre potencias imperialistas en el centro del sistema mundial con posterioridad a 1945 contribuyó a una discusión acerca de la naturaleza del imperialismo, de su existencia y también de su pertinencia categorial. Estos debates exceden absolutamente el objetivo del presente escrito, aunque advertimos que la peor posición teórico-metodológica para abordarlos consiste en buscar insistentemente paralelismos entre el escenario mundial actual y el de hace un siglo. La “etapa de guerras y revoluciones” localizada por Lenin y varios marxistas contemporáneos consistía en esta combinación particular de circunstancias y no solamente en el dominio de los monopolios y el capital financiero.

III

En numerosos escritos sobre esta Gran Guerra aparecen dos tópicos problemáticos cuya raíz se basa, en última instancia, en la conducta irracional de la dirigencia europea de aquellos años. El primero es el de la inevitabilidad de esta conflagración. Por ejemplo Stevenson señala que: “...aunque en el verano de 1914 la tensión internacional era máxima, el estallido de una guerra general no era algo inevitable y, de no haberse desencadenado una, puede que no hubiera habido ninguna.”¹⁷

Al respecto, John Keegan expresa:

“THE FIRST WORLD WAR was a tragic and unnecessary conflict. Unnecessary because the train of events that led to its outbreak might have been broken at

14 Kolko, G. (2005) *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914. op. cit.* Pág. 135.

15 Una excelente selección de textos que versan sobre este problema puede leerse en Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K. y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS – CEIP León Trotsky.

16 Aquí seguimos las elaboraciones de Anderson, P. (2005) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.

17 Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* pág. 180.

any point during the five weeks of crisis that preceded the first clash of arms, had prudence or common goodwill found a voice...”¹⁸

En el mismo sentido está estructurada la obra de Macmillan, quien reconstruye, como ya lo hizo con los acuerdos de Versalles, la trama político-diplomática en el día a día de aquellas jornadas previas a La Gran Guerra, identificando varias decisiones puntuales como verdaderas causales del conflicto.¹⁹

Este tipo de formulaciones habitualmente subalternizan las causas profundas de esta guerra, que fueron presentadas en el apartado anterior sobre el imperialismo y que serán desarrollados más adelante, cuando hagamos foco en la carrera armamentista, tanto naval como terrestre. En este sentido, aceptamos conceder que la guerra pudo evitarse en el verano de 1914, lo cual es una discusión contra-fáctica y como tal ajena a los intereses sociológicos e historiográficos. Pero la cuestión no es esta, sino ¿podría no haberse evitado esta confrontación? Parece evidente que no, por más que quienes desataron el proceso bélico no tuvieran ellos mismos una plena consciencia de la deriva que llevaría esta guerra.

El segundo tema que suele estar presente es el del carácter absurdo y brutal de esta guerra. Pariente de la idea de que la Primera Guerra Mundial comenzó por malas decisiones, esta teoría suele apuntalarse a partir de la idea de que, a partir de cierto punto de las confrontaciones, los cálculos fueron puramente técnico-militares, sin reparar en lo político. En este sentido conviene también aclarar que, como ya dijera Clausewitz, los objetivos políticos son rectores en la guerra y éstos pueden modificarse en el transcurso de la misma. Como verá el lector, la acción recíproca de los contendientes los llevó a extremar los objetivos y por ello los medios. Lejos estamos entonces de un mero capricho criminal, y más cerca de una dinámica política en la que aumentan las contradicciones.

En tal línea argumentativa se inscribe el análisis de Enzo Traverso, quien ampliando la noción noltiana de “Guerra civil europea” explica la concatenación de numerosos conflictos de diverso origen y orientación en el viejo mundo entre 1914 y 1945.²⁰ Esta conceptualización, débil para explicar 1914, es sumamente potente para comprender lo que se desata en el

¹⁸Keegan, J. (1998) *The first world war*. op. cit. Pág. 16.

¹⁹Macmillan, M. (2013) *1914. De la paz a la guerra*. Madrid: Turner. Sobre la Conferencia de Versalles leáse: Macmillan, M. (2005) *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*. Barcelona: Tusquets.

²⁰Traverso, E. (2009) *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires: Prometeo. Ver también Nolte, E. (2001) *La guerra civil europea 1917 – 1945*. México: Fondo de Cultura Económica. También puede leerse: Casanova, J. (2011) *Europa contra Europa 1914 – 1945*. Barcelona: Crítica.

continente con el comienzo de La Gran Guerra, tanto por los entrecruzamientos como por la intensidad de los combates. Por este tipo de razones es que ponemos en cuestión entonces las perspectivas analíticas de corto plazo, pues el escenario político europeo contenía efectivamente una serie de elementos que, con el cruce de las armas, se expresaron en toda su imponente magnitud. Examinados estos elementos, invitamos al lector a recorrer en breves páginas las principales cuestiones relativas al desarrollo de la Primera Guerra Mundial.

Las luces se apagan en Europa

Hacia comienzos del siglo pasado Europa llevaba casi un siglo sin una confrontación general de sus potencias, tras el final del Imperio Napoleónico. La fórmula posterior a Westfalia, consistente en un balance de poderes en el viejo mundo se mantenía casi sin alteraciones significativas. Es cierto que las potencias del continente luchaban en varias guerras en Asia y África. Mientras que en Crimea, entre 1853 – 1856, se habían enfrentado los rusos contra los otomanos, británicos y franceses, y también que éstos últimos habían perdido una guerra con Prusia entre 1870 – 1871. Por otro lado era real el hecho de que tanto la unificación italiana como alemana habían implicado choques armados de importancia en la década de 1860, viéndose este último caso un enfrentamiento entre prusianos y austríacos. Así como también, es notable que las confrontaciones bélicas en los Balcanes y en Grecia signaron la realidad política del sudeste europeo en los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra. El *concierto europeo*, que suponía confrontaciones localizadas, contenía una recubierta ideológica pacifista que se basaba en dos ideas. La primera consistía en que la creciente interdependencia comercial signaba el camino para un siglo de paz entre las potencias. Como dicen McNeill y McNeill: “La rápida integración de las sociedades y las economías del mundo después de 1870 indujo a muchos a suponer que ya no habría más guerras. En 1914 el estallido de la primera guerra mundial destruyó estas esperanzas.”²¹ La segunda, que el equilibrio del enorme poder industrial aplicado a la guerra por parte de los Estados más poderosos implicaba unos niveles de destrucción que disuadían a cualquiera de ellos de iniciar un conflicto. La carrera armamentista, en la opinión de ciertos ideólogos, garantizaba la paz. Algo similar ocurriría durante la guerra fría y la tensión nuclear entre los bloques.

Sin embargo ese equilibrio se rompió. Hoy se cumplen 100 años del comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914 – 1918), una conflagración de tan imponente magnitud que sus protagonistas y contemporáneos la bautizaron como La Gran Guerra. En realidad, esta Gran

²¹McNeill, J. y McNeill, W. (2010) *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Barcelona: Crítica. Pág. 324.

Guerra fue al mismo tiempo uno y múltiples conflictos, que tuvieron por efecto remodelar el mapa de Europa y, en buena medida, el planisferio. Se hundieron tres de los imperios multinacionales más poderosos del mundo (Rusia, Austria–Hungría y el Imperio Otomano), salieron maltrechos otros más importantes (Gran Bretaña y Francia), los Estados Unidos emergieron como gran potencia mundial, en casi todos los países en guerra por primera vez se implementaron profundas regulaciones estatales de la economía,²² surgieron nuevos Estados nacionales, las primeras revoluciones proletarias exitosas pusieron de pie Estados socialistas y, poco tiempo después de la finalización de la contienda, cobró fuerza una forma muy particular de respuesta burguesa frente al desafío revolucionario: el fascismo. En realidad, como venimos explicando, el fin de la Gran Guerra en 1918 no fue el comienzo de una era de paz, sino la alborada de una inmensa cantidad de grandes confrontaciones sociales que desembocaron en la Segunda Guerra Mundial.

Buena parte de los historiadores, siguiendo a Eric Hobsbawm, fecharon el comienzo del “siglo corto” en las aciagas jornadas del verano de 1914, localizando su conclusión hacia fines de los ’80 y principios de los ’90, con la caída de los regímenes del socialismo real en Europa Oriental.²³ Si tenemos ganas de ser poéticos con la tragedia del siglo XX, sus primeras letras y su punto final se escribieron en los Balcanes y, si se quiere, en la ciudad de Sarajevo. El 28 de junio GavriloPrincip, un nacionalista serbo-bosnio integrante de la organización Mano Negra, segó con un certero disparo, en un confuso episodio, la vida del próximo monarca del Imperio Austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando. El conflicto entre la casa de los Habsburgo, que desde Viena gobernaba un amplio territorio, y los serbios permitió iniciar una guerra para la cual todas las potencias del viejo continente se venían preparando con gran dedicación, aunque con desigual pericia. Poco más de 80 años después, la caída de los serbios en la batalla de Sarajevo concluyó con la primera fase de la desintegración de Yugoslavia, uno de los últimos países socialistas europeos en dejar de existir como tales.

En 1914 el Imperio Austrohúngaro declaró la guerra a Serbia, pronto la autocracia de Rusia, “defensora del paneslavismo”, enfrentó a la monarquía vienesa. En tales circunstancias el Imperio Otomano consideró necesario ingresar en la guerra frente al zarismo y sus ambiciones balcánicas y en el Mar Negro. Alemania, que también era un Imperio y calculaba su expansión hacia el Este, vislumbró la posibilidad de unirse a la cruzada contra Rusia y Serbia.

²²Sobre este punto puede leerse el clásico Hardach, Gerd (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*, Barcelona: Crítica.

²³Véase Hobsbawm, E. (2002) *Historia del siglo XX. op. cit.*

Pronto los franceses, que aún recordaban la derrota de la guerra con Prusia de unas décadas atrás, encontraron en ese contexto la posibilidad de enfrentar y terminar definitivamente con la amenaza alemana, para lo cual convocaron a los británicos, quienes se unieron con mucho gusto tras las repetidas reyertas que se habían sucedido con los germanos en Asia y África durante los años inmediatamente anteriores. En pocas semanas, y a propósito de un incidente en la periferia de uno de estos imperios, todas las potencias europeas estaban frente a frente en los campos de batalla. Al respecto, Stevenson señala:

Una vez que la crisis sobrepasó los límites de los Balcanes a todos los países implicados, no les quedaron más que opciones negativas. El Viejo Mundo que las potencias iban a destruir era para todas ellas un entorno mucho más agradable que cualquiera de los que posteriormente pudiera crear la violencia. Solo los austríacos formularon sus objetivos con claridad, e incluso ellos lo hicieron solo para el ámbito de los Balcanes. Las demás potencias —incluida Alemania— se enfrentaron a la perspectiva de una guerra general inminente de forma tan repentina que no tuvieron tiempo de establecer objetivos políticos concretos, que definieron solo con posterioridad. Combatieron más bien para evitar una situación negativa (la pérdida del estatus de gran potencia) y no vacilaron en sacrificar las vidas y la felicidad de sus ciudadanos hasta el final. En una palabra, lucharon por miedo.²⁴

La guerra esperada... y la guerra real

La noticia del comienzo de la guerra fue recibida con cierto temor en la Europa rural y recibió una trabajada bienvenida cargada de patriotismo en las grandes ciudades de casi todos los países europeos. Pronto surgieron slogans nacionalistas y/o de alianza: los franceses e ingleses hablaban de una cruzada contra el “autoritarismo alemán”, haciendo caso omiso de su cooperación con la autocracia zarista. Los alemanes hablaban de la amenaza francesa y el atraso ruso, dejando en las sombras su propia beligerancia y el carácter retrógrado del Imperio Otomano que militaba en su coalición.

También surgieron voces a favor de la guerra que resaltaban el carácter heroico de los tiempos por venir, del lugar de lo bélico en la masculinidad, por no decir también de la importancia que tendría esta aventura para las jóvenes generaciones, ya muy “blandas de espíritu” a causa de la bonanza y el confort de la Europa de la *belle époque*. Como dice Hobsbawm:

La llegada de la guerra fue considerada como una liberación y un alivio, especialmente por los jóvenes de las clases medias – mucho más por los hombres que por las mujeres -, aunque también por los trabajadores y menos por los campesinos. Al igual que una tormenta, purificó el aire. Significó el final de las superficialidades y trivialidades de la sociedad burguesa, del aburrido gradualismo del perfeccionismo decimonónico, de la tranquilidad y el orden pacífico que era la utopía liberal para el siglo XX [...] Después de una larga espera en el auditorio, significaba la apertura del telón para un drama histórico grande y emocionante en el que los miembros de las audiencias resultaron ser los actores.²⁵

24Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* 476/8.

En consonancia con una era de progresos científicos y técnicos sin precedentes, en las academias militares europeas florecía una doctrina que ponía un énfasis decisivo en la creciente capacidad de fuego: el ofensivismo.²⁶ Alemanes y franceses, rusos e ingleses, todas las grandes potencias contaban con una importantísima casta militar, la cual solía considerar que, dados los avances en el poder de destrucción material, la posición defensiva no tenía nada que ofrecer a los combatientes. Las guerras del futuro, decía la burguesía europea, serían dominadas por la posición del atacante, contradiciendo así la teoría clásica asentada en los escritos de Clausewitz.

Eran tales las condiciones de la carrera militarista – armamentista en la que se habían embarcado las potencias, que el estallido de la guerra durante el verano de 1914 fue un acontecimiento largamente esperado. Los estados mayores expresaban que vendría una guerra dura, frente a rivales de gran fuste, pero que se resolvería antes de la navidad de ese mismo año. Sin embargo, puertas adentro “Los estados mayores de los ejércitos comprendían que una guerra europea sería extremadamente sangrienta y que no era probable que fuera breve, pero ocultaron sus temores a sus dirigentes políticos.”²⁷ Sin embargo, la campaña política y la logística se adecuaba a la hipótesis de guerra que manifestaban públicamente. Pronto la realidad terminó por imponer otras necesidades y problemas. Llegado diciembre la guerra se encontraba muy lejos de estar finalizada y en amplias extensiones de occidente los ejércitos se habían enterrado en intrincados sistemas de trincheras.

Cuando se considera el desarrollo de una guerra resulta fundamental que se puedan evaluar los objetivos políticos de los contendientes, las formas de lucha y las pasiones despertadas para que el esfuerzo bélico sea apoyado. Una vez comprendidos estos elementos, se podrán distinguir los distintos frentes y sus diferentes realidades.

La Primera Guerra Mundial comenzó como una oportunidad para todos los Estados de Europa: vencer a los vecinos y apropiarse de sus territorios y sus recursos, incluidas las colonias en otros continentes. Como se puede ver, los objetivos políticos eran notoriamente altos, determinando con ello un significativo esfuerzo bélico que encaminó a las potencias a una guerra total. Las fuerzas armadas veían la ocasión de probar sus nuevas armas y técnicas

25Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio (1914 – 1918)*. Barcelona: Crítica. Pág. 335.

26 Howard, M. (1992). “Los hombres contra el fuego: La Doctrina de la Ofensiva en 1914”, en Pater, P. (ed.) *Creadores de la estrategia moderna*. Madrid: Ministerio de Defensa.

27Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* 164/5

frente a enemigos mucho mejor entrenados y preparados que los nativos de Asia y África, a quienes habían doblegado en las últimas cinco décadas. La mayoría de los pueblos europeos vio en el conflicto una posibilidad de reafirmación nacional.

Esta guerra, pensada como una oportunidad para mostrar los “progresos” y la modernidad de los ejércitos de las potencias, en términos concretos se convirtió en la mayor matanza que había realizado la humanidad hasta el momento, contándose con el aterrador número de aproximadamente 20 millones de muertes en tan sólo cuatro años (poco más de la mitad eran soldados).

La magnitud de estos daños fue una sorpresa para la civilización burguesa, no así para los socialistas, que desde hacía décadas discutían con ahínco en torno a las guerras del presente y del futuro, como parte integrante de la lucha de clases a nivel internacional.

El movimiento socialista

El movimiento socialista, nucleado en la II Internacional, venía debatiendo desde fines del siglo XIX respecto de las formas que venía adoptando el capitalismo. Para una lectura economicista la discusión era sobre el rol de los monopolios y la concentración de capitales, para una lectura marxista las controversias giraban en torno al carácter de la lucha de clases en aquel momento. Dicho de una forma más simple ¿las mutaciones que había experimentado el capitalismo sentaban condiciones para un desarrollo pacífico y la conquista de derechos mediante reformas paulatinas o, por el contrario, el desarrollo de las contradicciones del capitalismo sólo podía desembocar, en el mediano plazo, en una conflagración mundial entre las potencias? Naturalmente, el segundo diagnóstico abría las puertas a una política totalmente diferente que el primero: por delante no había demasiado espacio para reformas, se acercaban tiempos de guerra entre las burguesías europeas y era necesario prepararse para luchar por convertir esos conflictos en revoluciones sociales. Había que aprovechar la circunstancia de que las clases dominantes armaban materialmente a los obreros y campesinos de sus países y trabajar políticamente para que esos proletarios cambiaran el fusil de hombro y, en lugar de disparar contra sus hermanos proletarios de otros países, lo hicieran contra quiénes los mandaban a la guerra: los políticos y los capitalistas de los Estados donde ellos eran ciudadanos.

Los partidos socialistas del continente se encontraba divididos en dos alas a raíz de esta divergencia: los reformistas y los revolucionarios. Si bien existían algunos dirigentes que navegaban en aguas intermedias en ciertas coyunturas políticas, los diferentes diagnósticos implicaban también posturas teóricas totalmente contradictorias: ¿podía cambiarse en mundo

paulatinamente? ¿O era un mundo que se encaminaba a la barbarie y el socialismo sería la única esperanza para defender las conquistas de la civilización y ampliarlas luego de la catástrofe de la guerra? Cuando llegó 1914 casi todos los socialistas europeos fueron detrás de sus respectivos gobiernos nacionales y apoyaron el esfuerzo de guerra. Sólo una minoría, dentro de la minoría que eran los revolucionarios en 1913, se mantuvo en la tesitura de que la guerra sería una carnicería, donde los trabajadores pondrían el cuerpo para defender los intereses de sus explotadores, que la contienda sólo traería barbarie y que había que luchar contra ella, por el derrotismo del propio país. Lenin y los bolcheviques rusos fueron un ejemplo, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en Alemania también. Pero ciertamente eran débiles. Como dijese el máximo dirigente proletario ruso: “en 1914 todos los internacionalistas del mundo cabíamos en cuatro coches.”

Sin embargo, conforme avanzaba la guerra este aislamiento fue quebrándose. Primero se volvió más relativo y luego inexistente. Los ingentes horrores de la conflagración pusieron en crisis la conciencia nacional de las masas europeas y también de los soldados. La segunda mitad de La Gran Guerra y su final fueron el escenario de un ascenso revolucionario sin precedentes. Los hechos de Febrero y Octubre de 1917 en Rusia y la fundación de la URSS; las revoluciones en Hungría y Alemania entre 1918 y 1919 o el bienio rojo italiano de 1919-1920, son algunos ejemplos de cómo la crisis política en los Estados derrotados en la guerra se puede convertir en una situación revolucionaria.

Ahora bien, para entender estos procesos es necesario comprender los padecimientos de amplias capas de la población como producto del esfuerzo que significó esta guerra. Por este motivo nos vamos a adentrar en los frentes de batalla y reconocer brevemente la lógica del ejercicio de la violencia y sus resultados.

Los diferentes frentes de la guerra

En pocos puntos el examen de la bibliografía se revela tan enriquecedor como en este. Ciertamente, las trincheras de los campos de batalla de Francia y Bélgica cautivaron la atención de todos los analistas. No obstante aquella selectividad analítica, La Gran Guerra fue un conflicto europeo general y también global. En este sentido, numerosos libros casi no prestan atención a otros frentes que no sean el de Europa Occidental o donde disputan las potencias occidentales, centralmente Gran Bretaña.²⁸ Por ello, recomendamos la lectura de las obras que, como la de Strachman, reconocen el carácter mundial de la conflagración.²⁹

²⁸ Por ejemplo Ferro, M. (1970). *La Gran Guerra (1914-1918)*. Madrid: Alianza; también Morrow, J. H. (2008). *La Gran guerra*. Barcelona: Edhasa.

Siendo esquemáticos podemos decir que hubo cuatro frentes en la Primera Guerra Mundial. Si bien en todos los casos se observa una intensidad en el uso de la violencia que hasta el momento era desconocida, cada uno de estos teatros de operaciones presentaron lógicas relativamente diferentes. El primero, aunque menor en importancia, fue el marítimo. Alemania se preparó durante casi dos décadas para luchar contra el Reino Unido. Los británicos, que poseían un imperio donde nunca se ponía el sol, tenían la mejor flota del mundo, con una diferencia inestimable sobre cualquier adversario. Frente a ello el imperio del káiser realizó el siguiente cálculo estratégico: había que causar toda la destrucción posible en el mar, obstaculizar el comercio y poner en crisis a la marina real. Sabían, desde un primer momento, que no vencerían en las aguas, no obstante lo cual, lo que allí ocurriera permitiría entorpecer el esfuerzo bélico de la *Entente*. Así lo hicieron con sus modernas y artilladas embarcaciones, entre las que incluían una potente y entrenada flota de submarinos que causó enormes dolores de cabeza a los ingleses.³⁰

El aumento de las hostilidades en el Atlántico Norte permitió que, tras un incidente, el Presidente norteamericano Wilson tuviera una excusa válida para convencer al Congreso de ingresar a la guerra europea, cosa que los EEUU hicieron recién en 1917. Éstos realizaron una interesante colaboración con su marina y tuvieron un mediocre desempeño con su infantería, absolutamente mal preparada, desde el punto de vista de su adiestramiento, para las batallas contra los soldados de los imperios centrales.

El segundo frente, también de menor importancia en comparación con los del continente, era la periferia europea, sobre todo el norte de África y Medio Oriente. Allí el Imperio Británico tuvo que vérselas con numerosas dificultades para conservar su poder sobre buena parte de estos territorios. Inclusive sufrió derrotas severas, como la de Gallipoli contra los turcos en 1915.³¹ Las ambiciones locales de sus aliados y sus enemigos, junto al desconocimiento de varios tramos del territorio y a la incapacidad de hacer frente a ciertas amenazas mayores de lo esperado, terminaron por construir un escenario bélico lleno de fricción y muy costoso. No

²⁹Strachan, H. (2004). *La primera guerra mundial*. Barcelona: Crítica.

³⁰Para este frente recomendamos leer Hart, P. (2014) *La gran guerra (1914 – 1918)*. Barcelona: Crítica. Caps. 4, 11 y 14.

³¹Sobre la batalla de Gallipoli puede leerse: Haythornthwaite, P. (s/f) *Gallipoli 1915. Asalto frontal a Turquía*. S/L: Ediciones del Prado.

obstante aquello, el Reino Unido terminó por conservar y aún ampliar su influencia en la región.

El tercer frente que vamos a mencionar, ya uno de los dos principales, es el Oriental. Allí chocaban Alemania, Austria-Hungría y los otomanos contra Rusia y Serbia. En este costado de Europa recaía la presión de la expansión del Imperio germano, frente a lo que consideraban la amenaza rusa. El conocido Plan Schlieffen tenía por objetivo estratégico, justamente, la expansión hacia el oriente, aplastando primero a Francia rápidamente para concentrarse en las más numerosas tropas del Zar. De norte a sur, el teatro en cuestión abarcaba desde las gélidas aguas del Báltico hasta las cálidas islas griegas. El centro y el este del continente estaban en disputa, una amplia extensión en la cual batallaban tres de los imperios que no resistieron la prueba de la guerra. Muchas de las imágenes de la Primera Guerra, tales como las trincheras y el estancamiento, pertenecen al frente Occidental, en Bélgica y Francia. En el enorme frente oriental primó la movilidad y los cambios continuos en las relaciones de fuerzas y, por ello, el usual trueque de las distintas zonas en disputa. No es casual esta diferencia entre ambos frentes. Al fin y al cabo las trincheras, como veremos, son el producto de la simetría entre las mejores fuerzas de Estados con gran solidez. En Oriente, como vemos, los Estados tenían una capacidad política, y por ello militar, mucho menor, por eso esta movilidad: nadie podía sostener una resistencia tenaz.

Al principio buena parte de Polonia fue bien defendida por los rusos, que incluso avanzaron hasta la Prusia oriental. Sin embargo, la derrota en Tannenberg abrió una brecha que las fuerzas rusas nunca pudieron cerrar. Muy distinta suerte tuvieron frente al Imperio Autrohúngaro, al cual las tropas del Zar también hicieron zozobrar, vencéndolos en varias ocasiones. Sin embargo, la tendencia de largo plazo en el Este fue de un avance alemán, terminando por doblegar a la infantería rusa.

En este punto conviene hacer una aclaración: la evidencia hoy disponible no permite afirmar que las fuerzas armadas de la autocracia zarista fueran débiles desde el punto de vista militar. Contaban con numerosos inconvenientes logísticos, problemas que se hicieron evidentes para el conjunto de los contendientes conforme se desarrollaba un conflicto que todos buscaron, pero que luego asumió características nunca vistas. El mayor problema ruso era la heterogeneidad de su Estado mayor, dividido entre una casta conservadora y tradicionalista, refractaria a cualquier innovación, y una amplia generación de jóvenes oficiales, de sólida formación, muchos de los cuales se unieron a los bolcheviques durante la guerra civil

posterior a la Revolución de Octubre.³² Estas debilidades no se comparaban con las del Imperio Austro-Húngaro, que prácticamente no tuvo ningún éxito en los campos de batalla de esta guerra, por no hablar de la gran precariedad del Imperio Otomano, que sólo contaba con un puñado de oficiales capaces desde el punto de vista castrense, quienes fundaron la República a principios de los '20.

Por su parte los alemanes también albergaban numerosas vulnerabilidades. La mayor y más peligrosa era la división en su Estado mayor acerca de cuál era considerado como el frente principal. Falkenhayn, máximo responsable militar germano durante la primera parte de la contienda, sostenía que había que privilegiar el frente occidental y que, vencida Francia y luego Inglaterra, el ejército alemán podría barrer con los rusos. Hindenburg y Luddendorf tenían la idea de que el frente principal se encontraba al este del río Elba. No resultaba descabellado, puesto que las primeras semanas habían sido sumamente complejas en oriente, debido sobre todo a raíz de la baja capacidad combativa mostrada por los aliados de Alemania.

Buena parte de nuestras imágenes mentales sobre la Primera Guerra provienen del frente principal aunque no único: Europa occidental. Del Mar del Norte hasta casi el Mediterráneo se extendió un frente sobre territorio francés y belga. Alemania avanzó por Bélgica derrotando su débil resistencia, que contrastaba con su crueldad para con los africanos, y se adentró en Francia. Durante los días inaugurales los germanos mostraron una enorme destreza bélica. Sus infantes estaban muy bien entrenados y vencieron en las primeras batallas. Los galos, primero bastante desorganizadamente y luego con gran seriedad, lograron imponer su resistencia. Se ponían frente a frente dos de las mejores infanterías del mundo, que contaban además con una excelente artillería. El resultado fue una tendencia al estancamiento. Pronto, en las primeras semanas, llegaron tropas británicas, las que mostraron toda su debilidad. Acostumbradas a luchar contra enemigos pobres y mal armados, que sólo tenían amparo en la fricción de territorios inhóspitos, los ingleses estaban muy mal preparados para la lucha contra Alemania. A su vez, su exigua cantidad hizo que, en los primeros meses, Francia resistiera en soledad el embate germano.

³²Contradiendo las tesis de Trotsky, L. (2012) *Historia de la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Razón y Revolución; Figges afirma que las fuerzas zaristas tenían una importante capa de oficiales altamente capacitados, como por ejemplo Brusilov, que eran parte de una modernización parcial de las fuerzas armadas rusas. Véase: Figges, O. (2010) *La revolución rusa (1891 - 1924)*. Buenos Aires: Edhasa.

El final de 1914 y el comienzo del siguiente año dejaron una certeza: se estaba ante una nueva guerra, mucho más intensa, extensa y cruda que lo que se podía imaginar. Como señala Stevenson:

...el fracaso de la pretensión alemana de conseguir una victoria rápida en el oeste, primero en el Marne y luego en Flandes. Pues, pese a su fracaso, los alemanes habían consolidado su presencia en un territorio en el que ni Francia ni Gran Bretaña podían permitir que se quedaran sin reconocer su derrota. De ahí que los invasores pudieran permanecer a la defensiva mientras sus enemigos se agotaban atacando las posiciones preparadas, y a eso se dedicaron la mayor parte de los tres años siguientes.³³

Es en este sentido, que Neiberg recalca que:

Pese al éxito de sus operaciones, Alemania se encontraba en una posición igual de incómoda. Toda su estrategia había dependido de la rapidez de su victoria en el oeste. Como el propio Moltke comprendió, el no conseguirlo les exigía combatir contra las potencias industriales de Gran Bretaña y Francia por un lado, mientras que tenían que rechazar los masivos ataques de los rusos en el este. Por otra parte, una guerra larga permitiría a los británicos establecer un bloqueo y atacar así a la economía germana.³⁴

En tal escenario, todos los Estados tuvieron que reorganizar su actividad económica para abastecer a las tropas con lo necesario para enfrentar al enemigo. Las cantidades de municiones, ropas, alimentos, medicamentos y demás rubros de la logística quedaron cortos en comparación con la escala del conflicto. Estas cuestiones fueron la base de un rediseño de los Estados y su política interna, con el objetivo de planificar la producción para sostener el esfuerzo de guerra. Casi todas las potencias comenzaron a rearticular y regular conscientemente las relaciones entre los agentes económicos, tanto en el interior de la clase capitalista como en el vínculo capital-trabajo. En Alemania se estableció de hecho una dictadura militar, encabezada por Hindenburg y Ludendorff, que racionaba los bienes cada vez más escasos en función de las necesidades técnicas de las fuerzas armadas. En Francia e Inglaterra también tuvieron lugar procesos de centralización administrativa, que contaron con la ventaja de los recursos de ultramar.³⁵ La guerra se convertía en total y para vencer en tal confrontación era precisa una movilización política, económica y moral de la misma intensidad. Este fenómeno dio origen a la teoría de la guerra total, formulada por Ludendorff,³⁶

33 Stevenson, D. (2013). *1914-1918. La historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* Pág. 830/1.

34 Neiberg, M. S. (2006). *La Gran Guerra: Una historia global (1914-1918)*. Barcelona: Paidós. Págs. 47/8.

35 Respecto de este tema léase: McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.* Cap. 9, pp. 342 – 403 y Hardach, Gerd (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918. op. cit.*

36 Ludendorff, E. (1964) *La guerra total*. Buenos Aires: Pleamar.

que contiene importantes puntos de contacto con la teoría política de Carl Schmitt, quién explica que: “La esencia de cada cosa (*der Kern del Dinge*) es la guerra. La naturaleza de la guerra – escribía Schmitt en 1937 – determina la naturaleza de la forma (*Gestalt*) del Estado en su totalidad (*Totalität del Staates*).”³⁷ Para luego afirmar:

La así llamada *guerra total* elimina la distinción entre combatientes y no combatientes, y reconoce, junto a la guerra militar una guerra no-militar (guerra económica, de propaganda, etc.) como expresión de la enemistad. La superación de la distinción entre combatientes y no combatientes es aquí empero una superación *dialéctica* (en sentido hegeliano). No significa por lo tanto que aquellos que no eran combatientes se transforman ahora simplemente en combatientes al viejo estilo. Más bien son ambas partes las que cambien, y la guerra se continúa en otro nivel totalmente nuevo y más elevado, como actividad hostil que no es puramente militar. La totalización implica aquí que sectores extramilitares (como economía, propaganda, energías morales y psíquicas de los no-combatientes) son involucrados en esa disputa hostil. El paso adelante más allá de lo puramente militar trae consigo no sólo una ampliación cuantitativa, sino también una intensificación cualitativa. De ahí que dicha superación no significa una mitigación sino una intensificación de la hostilidad. Con la simple posibilidad de tal incremento de la intensidad, las nociones de amigo y enemigo se transforman nuevamente, por sí mismas, en políticas, y se evaden de la esfera de las formas de expresión privadas y psicológicas.³⁸

A su vez, esta situación de una guerra con combates de características ajenasal cálculo previo reclamó la emergencia de nuevas tácticas de combate.

La táctica en La Gran Guerra

Frente al estancamiento basado en la relativa paridad y la creciente voracidad de la artillería, que literalmente producía una carnicería ante cada carga de infantería, los ejércitos se enterraron en trincheras. La trinchera no fue una estrategia, fue producto de la sangrienta simetría entre los contendientes. Los fusiles y el nuevo invento de las ametralladoras, cada día más precisos y en mayor cantidad, convirtieron a la guerra sobre el plano en un fenómeno más y más brutal. Las trincheras no hicieron su debut en este conflicto, ya en la Guerra Civil en los EEUU, cincuenta años antes, hubieron trincheras y técnicas contra las mismas. La novedad es que prácticamente todo el oriente de Francia estaba atrincherado para comienzos de 1915, convirtiendo la ofensiva en suicidio y ralentizando el ritmo de desarrollo del conflicto.

La guerra de trincheras motivó numerosas innovaciones, algunas que ya se habían probado, sobre todo en África contra la población nativa. Una de esas invenciones fueron los gases venenosos. Otra el uso de la aviación, primero para observar posiciones enemigas, luego para coordinar el uso de la artillería, posteriormente también para arrojar bombas y finalmente con

³⁷Traverso, E. (2013) *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: Eudeba. Pág. 40.

³⁸Schmitt, C. (2006) *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart& Cía. Págs. 148/9.

el fin de luchar frente a los aviones del enemigo. La artillería se perfeccionó en su precisión y magnitud. También apareció un vehículo blindado, muy primitivo, que llevaba como nombre clave tanque, por el simple hecho de que los obreros metalúrgicos que fabricaban sus piezas pensaban que estaban produciendo tanques de agua para las tropas. Pasados sus primeros y estrepitosos fracasos, los tanques comenzaron a contribuir en los campos de batalla a medida que se fue aprendiendo a combinarlos con otras armas.

Lo más novedoso de los primeros años de la guerra fue la táctica de “morder para no soltar”, empleada con el fin de abrir brechas en las líneas enemigas. Si usualmente se hacía uso de la artillería pesada para luego avanzar con la infantería, desde 1915 lo que se intentó fue producir cortinas de fuego más largas e intensas, que verdaderamente iluminaban los cielos nocturnos, para luego avanzar con miles y miles de soldados. El resultado no podía ser otro que un baño de sangre más caudaloso. En la batalla de Verdún, por ejemplo, perdieron la vida más de 250.000 combatientes, quedando heridos alrededor de 500.000;³⁹ en el Somme, donde tuvieron lugar enfrentamientos a lo largo de una línea de 40 km, perecieron más de 300.000 soldados;⁴⁰ en la ofensiva final, hacia 1918, se registraron más de 2.000.000 de bajas, entre las cuales hay casi 1.000.000 de muertos en poco más que tres meses.

Semejantes condiciones distaban enormemente de las características que presentaban las guerras hasta aquel momento, como de las ideas previas con que se había cimentado el apoyo a las iniciativas bélicas. Comenzaba una crisis en la conciencia de amplias capas de la población.

La crisis bélica

Surgieron, en aquel entonces, numerosas manifestaciones de un conflicto entre los hechos del presente y las formas de la conciencia de los sujetos para articularlos. Una de esas expresiones fueron las neurosis de guerra, de las que tanto habló Freud, procesos psicológicos que representaban, a su modo, los horrores de combates con miles de muertos, con partes de cuerpos humanos desperdigados por el terreno, con enfermedades y olores vomitivos.

También emergió un enorme descontento entre las tropas de los Estados europeos. La continuidad de la guerra, con la extensión por tiempo indefinido de los padecimientos y sacrificios y con las órdenes de los Estados mayores que contaban a los soldados como mera

³⁹ Sobre la batalla de Verdún puede leerse: Blond, G. (2008). *La batalla de Verdún*. Barcelona: Inédita Editores.

⁴⁰ Sobre el Somme: Gilbert, M. (2009). *La batalla del Somme: La batalla más sangrienta de la primera Guerra Mundial*. Barcelona: Ariel.

carne de cañón. El lamentable estado sanitario de las trincheras y la pésima alimentación e indumentaria militar completaban un cuadro que resultaba difícil de soportar para los combatientes. Desde 1916, y con mayor fuerza en los años posteriores, hubo motines y revueltas en distintos puntos del frente occidental. Algunos de ellos con un ideario socialista. Con posterioridad a la Revolución Rusa, como hemos señalado, este tipo de fenómenos ganó en intensidad y extensión, sobre todo en el frente oriental.

Al mismo tiempo, esta conflagración cambió buena parte de las representaciones sociales acerca de la guerra. Esta actividad paulatinamente fue dejando de ser considerada como parte del proceso de subjetivación masculina, de hidalguía y de los héroes individuales, cuyos monumentos poblaban las capitales europeas. Fue constituyéndose un héroe anónimo, el soldado desconocido y lo bélico pasaba a ser sinónimo, cada vez más ampliamente, de una carnicería.

Por qué venció la Entente

Las razones de la victoria de la *Entente Cordiale* son múltiples y de diferente rango de eficacia en la explicación. En primer lugar por las condiciones que presentaban los aliados de cada bando. Los integrantes de la coalición comandada por el káiser se hundieron: el Imperio Austro – húngaro y el Imperio Otomano. Si bien ocurrió lo mismo con la autocracia rusa, el impacto de su colapso fue absolutamente diferente. En primer lugar porque desde el punto de vista militar no significó un alivio instantáneo para los alemanes. El control del territorio conquistado en el Este resultaba un desafío que insumía ingentes esfuerzos después de la Revolución de Octubre. En segundo, y mucho más importante, porque el descontento en las tropas y en el país se identificó con la Revolución Rusa, aumentando la desobediencia y la insubordinación en el frente y la conflictividad social interna.

En segundo lugar algo que no por evidente sea menos cierto: Alemania se agotó, a raíz del bloqueo naval británico y también de la propia rigidez de su administración.⁴¹ Gran Bretaña y Francia contaban con extensos imperios de ultramar de los cuales llegaban, a medida que fueron solventando su política militar en el mar, crecientes cantidades de insumos y seres humanos listos para entrar en combate. A este factor debe agregarse la incorporación de los norteamericanos en 1917.

Sin embargo este segundo factor tiene un peso militar limitado. En realidad, como bien explica Peter Hart en *La Gran Guerra 1914 – 1918. Historia militar de primera guerra*

⁴¹Esta es la tesis central de McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C.op. cit.*

mundial, en cuanto a los factores militares se puede ver que durante el conflicto se aceleró el desenvolvimiento de una carrera armamentista y, lo que es más importante, un desarrollo de la táctica y de las cuestiones tales como el reclutamiento y entrenamiento. En esta carrera los vencedores fueron las potencias de la *Entente*. La inicial tenacidad francesa contrastaba con la escuálida infantería británica, acostumbrada a la guerra focalizada en enclaves coloniales. Gracias a las iniciativas de Kitchener los británicos comenzaron el reclutamiento masivo y el entrenamiento de la infantería. Esta adaptación insumió los primeros dos años y medio del conflicto, pero resultó decisiva para su resolución.

Al mismo tiempo, como venimos mencionando, las tácticas también tuvieron su evolución. De las ofensivas ilimitadas de los primeros años de “morder para no soltar” ambos bandos lograron organizar una graduación del uso de sus fuerzas en el terreno táctico, ordenando sucesivos avances y líneas para contener las contraofensivas.

Estas innovaciones tuvieron un salto importante con la artillería automatizada, que evitaba los vuelos de reconocimiento y el desplazamiento de grandes cañones, dejando, de ese modo, de presentar los indicios de una inminente ofensiva de manera tan clara. Finalmente, las fuerzas de la *Entente* abandonaron la noción de “morder para no soltar” por una idea mucho más completa de la ofensiva táctica: menos hombres pero mejor armados, “atacar con todas las armas”. “La táctica utilizada reflejaba un cambio de planteamientos radical: potencia de juego en sustitución de potencial humano. Este cambio [...] ahora se aplicaba con entusiasmo también al concepto de «batalla con todas las armas».”⁴² Así, se combinaban los esfuerzos de la artillería, que hacia el final del conflicto trabajaba en base a oleadas y posiciones de diferente profundidad; los tanques, la aviación, la artillería móvil y la infantería, que avanzaba ya en pequeñas filas de no más de diez miembros a las que llamaban “orugas”. La simple fuerza bruta de la pólvora expresada en Verdún o el Somme, en tres años era una potencia mucho más precisa, detallada y multiforme. “La táctica ofensiva flexible de las fuerzas aliadas fue adaptándose a las distintas situaciones, utilizando tranquilamente la combinación de armas –artillería, bombas de gas, tanques, morteros, granadas de fusil– que fueran necesarias...”⁴³ Las líneas alemanas comenzaron a quebrarse en buena medida por los factores antes descritos, y en otra a causa de la carencia de adaptación a estas novedades, estando a la vanguardia en 1914 y siendo los más retrasados en 1917 – 1918.⁴⁴

42Hart, P. (2014) *La gran guerra (1914 – 1918)*. *op. cit.* Pág. 474.

43Hart, P. (2014) *La gran guerra (1914 – 1918)*. *op. cit.* Pág. 486.

Por primera vez en cuatro años se habían quebrado las líneas de uno de los bandos. Durante 1918 la lucha fue encarnizada y sangrienta, pero Alemania estaba retrocediendo y finalmente fue derrotada. Sin embargo, lo que deparaba a la historia no era una época de paz.

Una paz sin paz

Con el fin de La Gran Guerra, en 1918, comenzaron las negociaciones de paz. En ellas se discutieron los célebres “14 puntos” del presidente norteamericano Wilson y también, contrariándolos, las ambiciones de los vencedores. La conferencia de París y los tratados de Versalles terminaron por imponer una enorme carga a los derrotados: mutilación de sus territorios anteriores a la guerra, pago de importantes sumas en concepto de reparaciones, prohibición de determinadas medidas económicas e industriales y limitaciones en la reconstrucción de sus fuerzas armadas.

La mayoría de los historiadores han remarcado estas difíciles circunstancias de 1918 y 1919 para explicar el retorno del fenómeno bélico al continente europeo casi veinte años después. Lo cierto es que las guerras no desaparecieron, sino que se localizaron. Rusia tuvo su guerra civil, en la que sobrevivió el régimen bolchevique gracias a su victoria en 1921. En Hungría ocurrieron hechos similares pero en menor escala, con la revolución de 1919, la represión encabezada por el ejército rumano y el ascenso de una dictadura militar conservadora. Turquía tuvo una guerra contra la ocupación de las potencias de la *Entente* y contra Grecia, que duró varios años y concluyó con la fundación de la República a principios de los '20. En los Balcanes no hubo paz, sino fragmentación y luchas entre las distintas nacionalidades: de este período datan organizaciones como la Ustacha croata. Alemania fue estremecida por la revolución socialista, su derrota, el fracaso de la República de Weimar y la ascensión del fascismo. En Italia el ciclo fue más breve, y el tránsito de la revolución al fascismo fue de tan sólo tres años. Poco tiempo después, a comienzos de la década del '30 se fundó la República Española, que luchó casi una década por su propia existencia, incluyendo el trienio de la Guerra Civil, inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial.

En este sentido, y ya como palabras finales, resulta importante reconocer la excepcionalidad del período, en el cual se condensaron todas las contradicciones del sistema internacional centrado en Europa. Esta crisis general, fue percibida por historiadores como Ernst Nolte o Enzo Traverso como una gran guerra civil europea, que se extendió aproximadamente por 30 años, entre 1914 y 1945. En esta peculiar guerra civil se cruzaron una enorme cantidad de

⁴⁴Algo similar señala Richard Overy para explicar la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial.

Overy, R. (2011) *Por qué ganaron los aliados?* Barcelona: Tusquets.

conflictos: entre Imperios y dinastías, entre burguesías nacionales, entre Estados nación y multinacionales, entre clases con diferente origen histórico (nobleza, burguesía, proletariado, campesinado), entre naciones y también entre localismos y los respectivos Estados nacionales que trataban de absorberlos. Es en este sentido, que la acumulación de todas estas tensiones y antagonismos resultaron en un crecimiento sustancial de los objetivos políticos de los contendientes: la espiral llevó a plantearse la eliminación de las otras entidades políticas. Para semejantes objetivos, fue necesario rearticular los Estados y las sociedades para una era de guerra total. Este proceso, al fin y al cabo, se inauguró en 1914.

Bibliografía

- Anderson, P. (2005) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.
- Blond, G. (2008). *La batalla de Verdún*. Barcelona: Inédita Editores.
- Casanova, J. (2011) *Europa contra Europa 1914 – 1945*. Barcelona: Crítica.
- Ferro, M. (1970). *La Gran Guerra (1914-1918)*. Madrid: Alianza.
- Figges, O. (2010) *La revolución rusa (1891 - 1917)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Gilbert, M. (2009). *La batalla del Somme: La batalla más sangrienta de la primera Guerra Mundial*. Barcelona: Ariel.
- Hardach, Gerd (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*, Barcelona: Crítica.
- Hart, P. (2014). *La gran guerra (1914-1918)*. Madrid: Crítica
- Hastings, M. (2014) *1914. El año de la catástrofe*. Barcelona: Crítica.
- Haythornthwaite, P. (s/f) *Gallipoli 1915. Asalto frontal a Turquía*. S/L: Ediciones del Prado.
- Headrick, D. (1989) *Los instrumentos del Imperio Tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX*. Madrid: Alianza.
- Headrick, D. (2011) *El poder y el Imperio. La tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2002) *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio (1914 – 1918)*. Barcelona: Crítica.
- Hobson, J. y Lenin, V. (2013) *Imperialismo*. Madrid: Capitan Swing.
- Horne, A. (1970) *1914-1916: del Marne a Verdún: La batalla de las trincheras*. Barcelona: Nauta.
- Howard, M. (2003) *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica.
- Howard, M. (1992) “Los hombres contra el fuego: La Doctrina de la Ofensiva en 1914”, en Paret, P. (ed.) *Creadores de la estrategia moderna*. Madrid: Ministerio de Defensa.

- Jünger, E. (1998) *Tempestades de acero; seguido de El bosquecillo 125 y El estallido de la guerra de 1914*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Keegan, J. (2013) *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner.
- Keegan, J. (1998) *The first world war*. New York: Vintage books.
- Kolko, G. (2005) *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*. Barcelona: Paidós.
- Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K. y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS – CEIP León Trotsky.
- Ludendorff, E. (1964) *La guerra total*. Buenos Aires: Pleamar.
- Macmillan, M. (2013) *1914. De la paz a la guerra*. Madrid: Turner.
- Macmillan, M. (2005) *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*. Barcelona: Tusquets.
- Mayer, A. J. (1984) *La Persistencia del antiguo régimen: Europa hasta la Gran Guerra*. Madrid: Alianza.
- McNeill, J. y McNeill, W. (2010) *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Barcelona: Crítica.
- McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C.* México: Siglo XXI.
- Morrow, J. H. (2008) *La Gran guerra*. Barcelona: Edhasa.
- Neiberg, M. S. (2006) *La Gran Guerra: Una historia global (1914-1918)*. Barcelona: Paidós.
- Nolte, E. (2001) *La guerra civil europea 1917 – 1945*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Overy, R. (2011) *Por qué ganaron los aliados?*. Barcelona: Tusquets.
- Schmitt, C. (2006) *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart& Cía. Págs. 148/9.
- Speier, H. (1968) “Ludendorff: el concepto alemán de guerra total” en Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la estrategia moderna*. Buenos Aires: Círculo Militar. Pp. 7 – 37.
- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. La historia de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Debate.
- Stone, N. (2011) *Breve historia de la primera guerra mundial*. Buenos Aires: Ariel.
- Strachan, H. (2004) *La primera guerra mundial*. Barcelona: Crítica.
- Traverso, E. (2009) *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires: Prometeo.
- Traverso, E. (2013) *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: Eudeba.

- Trotsky, L. (2012) *Historia de la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Razón y Revolución.